



EL CAPITAL EN EL SIGLO XXI

Thomas Piketty

Fondo de Cultura Económica de España

2014

Se podría resumir la impresión que produce el afamado libro de Thomas Piketty «El capital en el siglo XXI» parafraseando un dicho muy conocido: «no es ciencia; no es novela; no se lo pierdan».

Con esa frase queda patente lo que es el enfoque de esta crónica del libro de Piketty: una visión muy crítica que termina en una recomendación encarecida de su lectura. Parafraseando a Conan Doyle, podría también decirse del libro que, aunque no se comparta la visión de Piketty, el esfuerzo merece la pena porque se encuentra uno con algo mucho más interesante: la enorme documentación bien contada que se va desgranando en el libro.

La obra es un intento descomunal de explicar macroeconomía al que no sabe haciendo un relato bien hilado y ameno (dentro de lo ameno que puede resultar el exigirle al lector un alto grado de concentración) de las peripecias de la acumulación de capital a lo largo de los tres últimos siglos. En ese relato, que incluye también las vicisitudes por las que ha pasado el factor trabajo durante esos trescientos años, se trata de pasada el declive de las clases que acumulaban el capital a lo largo de casi toda la historia, los propietarios de la tierra, que han visto como en los últimos cien años disminuía no solo su influencia y su poder político sino también la valoración global de sus activos hasta convertirlos, cuando de activos rurales se trata, en casi irrelevantes. Y todo ello salpimentado con referencias literarias muy de agradecer a la obra de Jane Austen, Honoré de Balzac, Marcel Proust... con las que trata de hacer que el lector vea cómo se percibía en la época de cada uno de esos novelistas lo que era tener un capital y tener una renta, y cómo la relación entre ambos (capital y renta) era tan estable que los protagonistas de sus novelas los citaban de manera intercambiable.

Jugando a Carlos Marx

Ya el título de la obra «El capital en el siglo XXI» se asocia, aunque solo fuera superficialmente, con el archiconocido (que no leído) «El capital» de Marx. Muchos incluso han hecho esa comparación según la cual la obra de Piketty sería «El capital» de nuestros días. Pero nada más alejado de la realidad. Hay una diferencia fundamental entre las dos obras: la de Marx basa todo su análisis del sistema capitalista en la producción, el proceso mediante el cual el capitalista extrae del trabajador un plusvalor o plusvalía. En cambio, Piketty pone el acento en la distribución.

Podría decirse, según eso, que Piketty más que a la tradición marxista pertenece a esa otra a la que Marx altaneramente llamó «socialismo utópico» para contrastarlo con su propia doctrina, el «socialismo científico», confundiendo así lo que puede ser un razonamiento basado en los hechos (y no en la esperanza de un futuro mejor) con lo que la ciencia tiene de específico y predictivo.

Sin embargo, a lo largo de la obra de Piketty se mantiene continuamente ese aroma de debate marxista de comienzos del siglo XX en el que las diferentes escuelas discutían, a veces furiosamente, sobre si el capitalismo tenía por definición unos límites que no podría sobrepasar; unos límites que vendrían marcados por una de sus principales «contradicciones»: la necesidad de revalorización permanente del capital que le llevaría a una búsqueda insaciable de plusvalor que finalmente culminaría en su desaparición. Y aquí las aguas se dividían en esencia, y a grandes rasgos, en dos escuelas: 1) quienes creían que caería víctima de su propia revalorización extrema, que le haría imposible a partir de un cierto punto seguir acumulando y 2) quienes opinaban que sería derrocado por un movimiento revolucionario como reacción a que a los trabajadores les quedaría una parte cada vez menor en el reparto entre capital y trabajo.

Thomas Piketty solo utiliza en su libro esa terminología marxista de manera muy limitada: de vez en cuando usa la palabra «contradicción» y nunca menciona la teoría del derrumbe o la extracción de plusvalor. Su terminología es la que uno podría esperar en un autor moderno en la que juega un papel fundamental el aumento de la desigualdad que se ha estado produciendo desde los años 1970s y, sobre todo, a raíz de la «revolución conservadora» de Reagan y Thatcher.

Pero aunque no se mencione «el derrumbe del sistema capitalista» como lo harían Otto Bauer o Henryk Grossmann hace ya casi cien años, sí que está presente el espíritu de la frase en la tesis central del libro: que de aquí a final del siglo XXI la desigualdad creciente entre el 1% que está en la cumbre de la sociedad y el resto (sobre todo el 50% que está más abajo) pondrá en riesgo la estabilidad del sistema. A esa desigualdad se llegaría según Piketty porque la acumulación futura del capital presente crecerá mucho más rápidamente que la renta nacional de cada país por lo que la parte de esa renta que corresponderá al capi-

tal será cada vez mayor, reduciendo así, claro está, la porción que corresponde al factor trabajo. Lo que inscribiría a Piketty en la segunda de las dos escuelas marxistas mencionadas: la que cree que habría, ante tanta desigualdad, un movimiento revolucionario que pondría en peligro la existencia del sistema mismo. Para conjurar ese peligro (y en esto el autor se inscribe en la socialdemocracia) Piketty propone la creación de un impuesto mundial sobre el patrimonio, destinado precisamente a acortar esa desigualdad entre crecimiento de renta y crecimiento de capital. Con lo que se cierra el círculo por el que se justificaría inscribir a Piketty en el «socialismo utópico»: hoy por hoy la creación de ese impuesto, sin que exista ni tan siquiera un embrión de gobierno mundial, es algo tanto o más inalcanzable que la supervivencia de los falansterios de Charles Fourier.

Un poco de pedantería inscrita en un texto fabuloso

Hay en el libro de Piketty un par de momentos o tres que casi tumban por tierra la seriedad del intento hercúleo del autor. Son verdaderas perlas de pretenciosidad que casi parecen bromas. Así cuando se pasa a explicar una de las herramientas (muy bien traída, por cierto) que usa Piketty para su análisis: el cociente entre el capital acumulado y la renta nacional de un país. Algo que sería parecido a lo que en análisis bursátil es el PER (*Price Earnings Ratio*). Es decir, al dividir el valor del patrimonio acumulado por la renta del país se obtiene un número que hay que expresar en años: los años por los que hay que multiplicar la renta para obtener el capital acumulado.

Pues bien, Piketty (que afirma que en el siglo XIX el capital era el equivalente a seis o siete veces la renta; que a mediados del XX esa cifra bajó a tres o cuatro veces, y que en la actualidad va camino de volver a ser de seis o siete) a continuación multiplica ese cociente Capital/Renta por la tasa de revalorización anual del capital, con lo que obtiene la parte de renta que el capital se queda en cada momento. Y a ese producto de la rentabilidad del capital por el cociente entre capital y renta, que no es más que una pura definición, Piketty lo llama nada más y nada menos que «La primera Ley fundamental del capitalismo». Lo que deja atónito al lector que intenta desentrañar si eso es algo más que una pura definición. El bochorno se vuelve tan grande, que el propio Piketty se de hace subrepticamente de «la primera ley fundamental del capitalismo» casi 200 páginas más adelante (la 266 de la edición francesa) diciendo que más que como una ley hay que verla «en realidad como una pura igualdad contable... como una definición...». ¡Glubs! Que degradación tan rápida desde una ley social, casi física, que rige los destinos del capitalismo a una pura definición que es lo que es, por otra parte, evidente que era.

Algo parecido sucede con la «La segunda ley fundamental del capitalismo», la que se trata del cociente entre la tasa anual a la que crece el ahorro y la tasa a la que crece la economía. Según la tesis de Piketty,

a cuya demostración está dedicado el libro, el numerador de ese cociente crece más rápido que el denominador, lo que aumenta la desigualdad entre el capital y el trabajo. Aquí tendría un poco más de sentido hablar de «ley que rige los destinos del capitalismo» (que no sería más que aplicar el tipo de interés compuesto a las dos magnitudes: capital y renta) si quedara taxativamente demostrado que en todo tiempo y lugar eso es así. Pero desafortunadamente para la tesis de Piketty, él mismo reconoce que eso sólo sucede en determinados períodos (sin ir más lejos, no en los años de mediados del siglo XX) por lo que la validez universal de la ley es negada por el propio autor de la tesis, que solo la reconoce para determinadas etapas históricas, entre ellas la que comenzó en 1980. Para haberla llamado bombásticamente «2ª ley fundamental del capitalismo» se queda en poca cosa, y aun así, Piketty tiene dificultades para demostrar que es correcta: la mejor prueba de lo dicho es que él mismo pone el «si» condicional delante de muchos de los razonamientos. En ocasiones dice que «es una posibilidad entre otras».

Las críticas a la tesis de Piketty

Uno de los grandes méritos de la obra de Piketty es el haber conseguido poner inquieto a todo el mundo y haber desatado una discusión mundial sobre la desigualdad, mucho más generalizada que en ocasiones anteriores. De ahí que muchos autores se hayan lanzado a buscarle los puntos débiles a la vez que desde posiciones políticas interesadas se atacaban o se utilizaban las conclusiones sin ni siquiera molestarse en entenderlas.

La crítica más demoledora, como ya les ocurrió a Reinhart y Rogoff con su tesis sobre la deuda pública, vino de un estudiante de 25 años (Matthew Rognie, en este caso del MIT) que no sólo dice que «el capital no está creciendo a expensas del trabajo», sino que «una acumulación de capital adicional se traducirá probablemente de hecho en una disminución de la parte del capital en el total de la renta».

¿Y cuál es el fallo que detectó el estudiante? Simplificando mucho: según él, si se separa el capital inmobiliario del resto (tierras agrícolas, capital extranjero neto y otro tipo de capital interior) a lo largo del siglo XX la acumulación de capital no sólo no ha crecido sino que se ha mantenido estable o incluso ha decrecido un poco. Y si se tiene en cuenta también el capital inmobiliario, la cosa queda muy matizada por el hecho de que buena parte de ese capital está distribuido entre todos aquéllos que son propietarios de la vivienda en que habitan.

Sin llegar a tener que utilizar las series históricas usadas por Piketty y al alcance de todos en Internet, es fácil ver en qué consiste esa crítica: no hay más que mirar los gráficos 3.1 y 3.2, referidos a Reino Unido y a Francia, respectivamente, para comprobar que a partir de 1950 el capital inmobiliario (que incluye claro está las viviendas) crece de forma desmesurada.

Conclusión

«El Capital en el siglo XXI» está lleno de luces y sombras. Yo diría que mucho más de lo primero que de lo segundo, si uno no se adhiere a las conclusiones del autor (que parecen un poco fallidas) ni a las de quienes le censuran desde posiciones políticas opuestas.

Es un libro para disfrutar de un sinfín de razonamientos sutiles. De enfoques sucesivos de la misma cuestión desde diferentes ángulos. De erudición sobre cómo han evolucionado los diferentes capitales durante 300 años y de observaciones inteligentes sobre montones de cosas. Un libro para situarse mejor en el mundo al que hemos llegado sabiendo a conciencia como era el mundo del que venimos.

Un libro monumental que merece ser leído. En suma: ¡no se lo pierdan!

■ Juan Ignacio Crespo



1900-2000 HISTORIA DE UN ESFUERZO COLECTIVO. CÓMO ESPAÑA SUPERÓ EL PESIMISMO Y LA POBREZA

Juan Velarde Fuertes
Coordinador y autor principal
Fundación BSCH y Editorial Planeta
2000

Aunque este libro tenga ya tres lustros de edad, no por eso deja de estar de actualidad, y compone un estudio desde múltiples ópticas que conviene seguir teniendo presente, al valorar la realidad económica actual y los desafíos de futuro. Es obvio que cada momento plantea sus exigencias. Pero al igual que cada toro tiene su lidia, cada dificultad debe de tener su tratamiento, y hay que perseverar en ello, y agilizar la mente para encontrar alternativas, antes que rendirse y dar a los hados por imbatibles.

El libro, como bien describe su título, trata de las desventuras y aventuras de España a lo largo del siglo XX, poniendo énfasis sobre todo en los afanes por superar coyunturas difíciles; y en ese sentido es extraordinariamente útil como aviso de navegantes y de enseñanza para quienes ahora tienen responsabilidad.

Dícese que los pueblos que desconocen su historia están condenados a repetirla, y aunque solo fuera por liberarse de esa maldición del refranero, bien vale volver a escrutar las páginas de este libro buscando luz y ayuda para salir de las tinieblas socio económicas en las que el mundo parece estar metido; y particularmente nuestra economía; y particularmente nuestro paro, que resulta sin duda la más endémica de las lacras sociales y económicas españolas, y sigue siendo factor de distorsión de la cohesión social de nuestro país.

El libro está dividido en dos tomos, que no corresponden exactamente hablando a dos partes conceptualmente distintas, sino medidas por la cronología. Se podría decir que el primer tomo está dedicado al primer medio siglo, a pesar de la pluralidad de situaciones que ese medio siglo contiene; y el segundo narra las vicisitudes de España y su economía en la segunda mitad del siglo XX, proyectándose al más allá del siglo XXI.

En el tomo I hay, no obstante, una grata y no pequeña sorpresa, que es la Introducción, que abarca ni más ni menos que 120 páginas y lleva por título «El cuarto esfuerzo de un pueblo», y es, para gusto de quién esto rubrica, una pieza especialmente valiosa en este libro que es valioso todo él. Pero esta introducción es por sí misma una monografía que contiene un análisis milenario y una síntesis momentánea final que lo hacen especialmente inspirado. Es magnífica la radicación de la esencia española en el reinado de Recaredo, y es verdaderamente un hallazgo hablar de los tres grandes esfuerzos que España hizo históricamente, hasta convertirse en uno de los imperios con más efecto geopolítico en la historia de la humanidad. Y los esfuerzos que el Prof. Velarde señala son: la Reconquista; el papel continental europeo de España con Carlos V y sucesores; y la gran gesta de América (o mejor llamamos de las Indias Occidentales).

El cuarto esfuerzo, objeto de este libro, es el emprendido por un país como el nuestro al que se le escapa la Revolución Industrial y carece además de otros elementos y materias primas que hicieron más fácil y productiva la vida de nuestros vecinos del norte.

Esa aventura de querer subirse al carro ya lanzado de la Revolución Industrial y sus efectos económicos y sociales, es lo que se analiza en este libro básicamente de manera cronológica según se ha dicho ya, teniendo por fortuna una primera base o cimiento que es esta jugosa Introducción, que no deja rincón por atisbar, desde la geografía y la estructuración radial de España en su vertebración geopolítica, hasta temas tan importantes y hasta curiosos como la distribución regional de la renta.

El libro contiene 25 capítulos en total más un apéndice estadístico y dos epílogos. El primero dedicado a la ciencia y a nuestro intento de homologarnos con la ciencia europea y el segundo como remate de un siglo que es además fin de milenio, por lo cual queda muy a propósito que su autor fuera el Prof. Gonzalo Anes, Director de la Real Academia de la Historia, al igual que el pri-

mero de los epílogos fuera el Prof. Martín Municio su autor, a la sazón, Presidente de la Academia de Ciencias.

Resulta innecesario y hasta maleducado intentar extraer o subrayar la importancia de algún capítulo específico dentro de esta larga serie, pues todos tienen el marchamo del buen hacer, el conocimiento de los hechos, y el análisis con perspectiva. No obstante, está claro que los capítulos dedicados a los años de gran efervescencia ideológica como fueron los del primer tercio del siglo XX, suscitan una lectura interesada, porque en gran medida la Guerra Civil que da fin a esa confrontación ideológica es el resultado de un gran fracaso en ese esfuerzo, pues hasta esa fecha la creación de riqueza en España había sido minúscula. La llamada (en el libro) «Dictadura Keynesiana» del General Primo de Rivera, contribuyó a un breve orden económico y a finalizar la Guerra de Marruecos, pero no pudo constituir el caldo de cultivo social para edificar una democracia de tipo liberal europeo occidental, que en gran medida era el sueño de muchos españoles. Está también especialmente analizada la iniciativa pública de la autarquía de la postguerra y los intentos, no fallidos, de industrializar la meseta, creando una base económica sin precedentes en nuestra historia.

En esos análisis, aunque en otros capítulos, hay estudios sectoriales de gran importancia, como es el caso energético o el del sector exterior, pues es notoria la capacidad exportadora de España, en gran medida desproporcionada respecto de la base con que se cuenta de comercio internacional y de capacidad tecnológica; pero junto al turismo, está claro que las exportaciones del sector industrial (así como el sector agrícola) han sido cruciales para equilibrar nuestra balanza de pagos.

En el segundo tomo, hay un capítulo especialmente de actualidad, que es el camino hacia la creación de un nuevo mercado laboral, que sigue siendo la asignatura suspendida de la economía española. El autor de ese capítulo concreto es el propio Prof. Velarde Fuertes, que posiblemente decidió coger el toro por los cuernos y abordar esa difícil tarea de analizar lo que ha sido el mundo del trabajo en nuestro país. Desgraciadamente

el análisis que realiza es de mucho interés en cuanto a datos y resultados de los esfuerzos pasados, pero no termina de proyectarse hacia un futuro como es nuestra actualidad, en la que cuestiones como la globalización han abierto un nuevo campo de posibilidades laborales en el que España no termina de encontrar su camino.

Otro camino de indudable importancia en esta historia es el que nos llevó a la Unión Europea, capítulo cuyo autor es el Prof. Ramón Tamames, que analiza la importancia del mercado común como raíz de lo que en su momento llegaría a ser la Unión, y pone en evidencia los efectos tan positivos en general (con algunas dificultades sectoriales en particular, como fueron agricultura y pesca) llegando hasta los fondos europeos que permitieron un cambio radical de la infraestructura española sobre todo en materia de transportes.

En cuanto a referenciar otros rasgos de especial interés en esta obra, cabe señalar la importancia de las series históricas estadísticas que ¿cómo no? están al cargo de un Alcaide (en este caso, Julio Alcaide Inchausti), de esa famosa saga de estadísticos. En las series estadísticas se aprecia la considerable evolución de nuestro país a lo largo de esa centuria, en la que más que duplicamos la población, desde 18,5 millones de habitantes a 40; pasando de tener 7 millones y medio de ciudadanos ocupados laboralmente en el año 1900 a más de 14 cien años después, siendo significativo que a comienzo de siglo casi 5 millones estaban dedicados a la agricultura y pesca y esa cantidad sería reducida a poco más de 1 millón a final de siglo. Ahora bien la capacidad de generar alimentación en el año 2000, era incomparablemente mayor que la de principio de siglo, fundamentalmente por la industrialización del campo en todos los sentidos, desde la mecanización hasta el tratamiento químico de la tierra.

De la lectura de este libro, que puede hacerse linealmente o entresacando historias, lo que en este momento vuelve a ser de actualidad es lo esencial de su título: «El esfuerzo colectivo», al cual deberíamos aprestarnos con la convicción de que antaño ya fuimos capaces de hacerlo.

■ José M^o Martínez-Val Peñalosa